

hoy escribe

Antonio Alvarez Solis (*)

zelatan

EL AÑO QUE VA A PASAR

En torno a la mujer

El día resulta singular. Vivo la jornada entre mujeres, pero no frivolamente o irrelevantemente entre mujeres, sino sustancialmente entre ellas, dependiendo de ellas. El taxi que tomo por la mañana es conducido por una mujer. Me transporta la taxista con seguridad, discreción, eficiencia. El taxi está cuidado de un modo notable. La taxista conoce las calles, se maneja con serenidad y determinación. Habla lo imprescindible, sin ser adusta ni, muchos menos, acre. Como luego en un restaurante que dirige una señora joven y eficaz. Ni en un sólo momento da muestras de ese histerismo o bien de esa hinchazón que caracteriza a algunos «maitres». La señora encargada del restaurante me conduce con prontitud a mi mesa y pasa a mostrarme con diligencia la carta, informándome sobre ella. A primera hora de la tarde una compañera me entrevista para televisión. Las preguntas fluyen con facilidad y demuestran una exacta y elogiada preparación. Nada ha sido dejado a la improvisación como a los periodistas varones parece gustarles tanto para quebranto posterior del trabajo. A media tarde me siento en el sillón de la doctora Berástegui, una sobresaliente odontóloga residente en Barcelona. La doctora Berástegui me interviene de una difícil complicación bucal sin que en ningún momento sienta yo dolor o angustia, tal como suelen suscitarme o producirme los dentistas varones. Mi premolar queda perfectamente reconstruido. La doctora Berástegui me trata con dulzura, con ternura diría. Un escritor francés dijo —aunque a propósito del amor, lo que no es ahora el caso— que las mujeres sólo conciben dos tipos de hombre: el hijo o el padre. Pues si esto es así la doctora Berástegui ha debido clasificarme en el grupo filial. En un momento dado me pregunta con cortesía infinita si siento miedo: «como muchos hombres que se sientan en este sillón», concreta. Le digo que no, pero también me interesa aclararle que mi ausencia de miedo se debe a la confianza absoluta que suelo depositar en las mujeres. La doctora Berástegui —que posee una sabiduría sencilla, como venida del tercer mundo un poco sufriente que es siempre la femineidad— encuentra el tema interesante y me interroga acerca de mi pos-

tura ante las mujeres. No inquiera pugnazmente, beligerantemente. Por el contrario, procura respetar mi presunto papel de macho dominador. En sus labios hay una sonrisa relajante y sugestiva mientras maneja el torno con delicadeza de china cultivadora de flores. —¿Cómo nos ve usted? —me apremia apenas la doctora Berástegui. Yo le digo que no las veo de ninguna forma —aparte de la elementalidad de verlas físicamente, lo que resulta irrelevante a los efectos de la conversación en marcha— sino que las presiento. «El problema está —insisto— en que la raza humana es una raza singular que no está formada por macho y hembra, como las demás razas, sino por dos especies diferentes. Yo veo como una especie en sí misma al hombre y como especie distinta a la mujer. Ello hace que nuestra relación de pareja, la sexual en primer término, sea una relación sui generis, caracterizada por una incompreensión radical sólo superable mediante la construcción de triangulaciones, o sea, por medio de una relación basada en referencias a terceras cosas, que son las que nos aproximan, aunque sea precariamente. En suma, yo creo conocer de alguna forma, siquiera sea levemente, a una mujer, partiendo de la coincidencia en elementos externos a ella y a mí. Por eso cuando esos elementos cambian o son alterados me encuentro con que me veo despojado del saber que sobre una mujer concreta poseía. El fracaso amoroso se debe, pienso, a que en un momento dado la alteración de la circunstancia en que se ha forjado la pareja deja a ésta sin sentido alguno». La doctora Berástegui me anima a seguir por lo que ella, con su prudencia de mujer ante el rey de la selva que soy yo, estima un camino sugerente. Hinchado de vanidad, sigo. Le digo que esta situación tan sorprendente y rara del ser humano en su desdoblamiento en dos especies distintas —hombre y mujer— tiene su origen quizá en la sorprendente sustancia que llamamos razón. Pienso con creciente convencimiento que la razón nos ha extraído de la zoología, que se caracteriza por el principio de identidad. Los animales no saben que son ellos mismos, por lo que existen en el

seno de una unidad de acción radical y confortadora. Sólo el hombre ha destruido en sí mismo esa identidad al sobrevenirle el extraño accidente de la razón, que podría definirse como la capacidad para estar en otro lugar sin lograr desprenderse de la servidumbre inmóvil de uno mismo. Tal hecho de saberse mediante el desmantelamiento de su identidad da al ser humano una estructura esquizoide y sufriente, que le inclina a la autodestrucción o, al menos, al desasosiego. En el seno del dolor y de la ambivalencia o de la ambigüedad el hombre y la mujer pierden su perfil de complementarios y se tornan yo diría que excluyentes, proclamándose implícitamente especies en lucha por el mismo territorio. La mujer y el hombre jamás podrán compartir nada de un modo sólido y profundo, ni siquiera esa pulsión elemental que es el orgasmo. El orgasmo suele tener en la mujer y en el hombre no sólo un tempo diferente sino un objetivo posiblemente distinto. La mujer inquiera a través del orgasmo su propia sublimación —de ahí las dificultades con que tropieza para lograrlo dada su posición subordinada y temerosa en el mundo— mientras el hombre convierte la explosión orgásmica en un acto de poder y de ocupación materialmente militar del cuerpo femenino. Por el orgasmo el hombre declara en estado de derrota a la mujer y procede a su captura y desarme. En fin, insisto ante la doctora Berástegui acerca de que mi admiración por la mujer quizá se abastezca en que he llegado a darme cuenta de la vaciedad de mi papel de dominancia como macho o, simplemente, se deba a que me he aburrido de ejercer tal papel. Por ello me he recluso en la contemplación del espectáculo femenino, que me parece excelso. Siguiendo al mencionado escritor francés he decidido ofrecerse a la mujer como hijo o como padre confiando, eso sí, en el funcionamiento subyacente y prometedor del espíritu de incesto que alimenta subyugantemente a la humanidad. Vivir es una hermosa tragedia. La doctora Berástegui me ha certificado que quizá sea así y ha procedido a abrirme la boca para aplicarme el torno.

(*) Escritor

Mugari tiro

Estatuen arteko «muga sakratuak» nola sortu diren denok dakigu: bai guk, aldatu nahi ditugunok; eta bai berek, eutsi nahi dietenek. Guxtitan horretara ditu herrien errespetuak; baina askotan interes ekonomiko nabarmenek, armada zapaltzaileen okupazio lotsaga-beak, edo munduko «Handi-en arteko «oreka» famatuak.

Estatuen arteko mugak, horretara, eta oro har, bidegabekeriaren ondorio besterik ez dira. Mugen gurketa gobernuek proposatzen digute, eta ez herrien defentsak.

Oraindik ere eslobeniar mordo bat bizi da Eslobeniatik al, Italian eta Austriatik; albaniar mordo bat Serbian, Albaniatik al; flandretar mordo bat Frantziatik, baina aleman mordoska bat Belgikaren barruan. Zergatik? Noiz arte? Zergatik eta noiz arte Gibraltar britaindar, eta une berean Zeuta, Melilla eta Olivença espainiar?

Ongi dakigu euskaldunok horren berri.

Burgeskumeek ere, askotan, jabe-goreen sakratutasuna delata, «legetasunaren barruan» jaso dituzte meatzeak, lantegiak eta ontziak. Egia da. Zuzenbideak, halere, produzio-ondasun horiek gaur egun erabiltzen dituzten langileei ematea eskatzen du. Hain zuzen ere, ondasun-bihurketa hori gertatu arte demokratizari ez dagoela esaten dugu sozialistok.

Guztiz bide beretik, herrien kontra eraikitako mugak autodeterminazioaren bitartez deuseztuko ez direno, demokratizari ez dagoela esango dugu. Euskal Herrian ez dago demokratizari. Eta legetasun honi eusten diotenak ez dira demokratikak.

Berriro ere gogoraziko dugu Alger-ko Agiria (5. art., 1976): «Herriek oro dute autodeterminatzeko eskubide baztergaitz eta alienagaitza. Askatasun osoan, eta kanpotikako nahasmendurik bat ere gabe, erabakiko dute beren marko politikoak».

Gu, demokratok, zai gaude.

TXILLARDEGI

hemeroteca

Diskriminazioen gainetik «Argia» aurrera

(«Argia», 87-XI-29) (...)

Ordainez, eta euskara hutszko bidea dela bultzatu beharrekoa dagoeneko inork dudan jartzen ez duenean, Jaurilaritzaren aldetik ARGIA diskriminazio berriak nozitu ditu.

Iaz martxan jarritako subentzio lerrotik kanpo utziaz hasten da diskriminazioa: «egunkari»-ra zuzendutako bidean sartzea debekatu zituzten Argiari, nahiz eta ezagunak eta frogatuak izan Argiak helburu horretarako zituen asmoak.

Geroago bi subentzio lerroetatik —kazetaritza- eta aldizkari-gintza— aldizkarigintzan kokatzea behartzen zaio. Argiarena ez ote kazetaritza?

Eta azkenik, aurtun, jada Jaurilaritzak berak ere dirulaguntza bide berri horietatik egunkarira iritsiko dela sinesten ez duenean, eta bide horretatik sortutako astekariei urte osorako —astekari izaten jarraitzeko— laguntza ematen dienean, bakoitzari 30 milioi inguru ematen dienean, Argia eta beste aldizkari guztiak 25 milioi inguru denontzat. Hau da, Argia astekariari beste astekariari dagokionaren heren bat

—produktioen garestitasunak eta abar kontutan hartu gabe gainera—. Zer bilatzen du Jaurilaritzak bide horretatik?

La crisis del socialismo vasco

(«Diario 16», 28-11-87)

Hace tiempo que una conjunción de hechos, entre los que destacan el conflicto de la UGT con el Gobierno de Felipe González —la margen izquierda del Nervión es el feudo de Nicolás Redondo— y la forma de relacionarse con el mundo nacionalista —con Ricardo Gacia Damborenea llevando la voz cantante de la crítica—, vienen provocando tensiones en las Casas del Pueblo del País Vasco.

Este último mal paso de plegarse a los deseos del PNV y echar tierra sobre el maloliente asunto de la selección de la Policía vasca agudiza las discrepancias internas y refleja las oscuras servidumbres del poder. El pacto antiterrorista promovido desde la Moncloa y el mantenimiento del modus vivendi en Euskadi tenían evidentemente un precio.

(...) La elección de compromisarios para los congresos extraordinarios provinciales preparatorios del XXXI Congreso del PSOE está pomeado de manifiesto la profunda di-

visión interna que atraviesa el socialismo vasco. Ha brillado el fulgor de las navajas. El sector encabezado por García Damborenea, profundamente crítico parece que lleva las de ganar frente a la dirección establecida. Pero oficialmente esta crisis no existe. Se trata, naturalmente, de «una campaña de Prensa articulada —como ha dicho un portavoz— para manipular a la opinión pública».

La crisis del socialismo vasco es tan inventada como los papeles de la Ertzantza. Mejor harían en mirarse al espejo. La pacificación de Euskadi no puede hacerse descubriendo fantasmas ni con ocultamientos, servidumbre y sucias complicidades.

Cuellos blancos, togas negras

(Raúl del Pozo, en «El Independiente», 28-11-87)

Sartre, Lefebvre, Lacan, Gorz, apoyados por Marcuse, saludaban, hace sólo veinte años al movimiento de los estudiantes y al de los obreros porque mantenían «un potencial de rechazo capaz de abrir un futuro». Al sordo rugido del «ghetto», del bidón, del fusil guevarista, cuando los marginados, los descastados, los desgraciados, los

pobres, los «hippies», hacían boquetes en el pensamiento blindado de las fuerzas sociales dominantes sucedió, coincidiendo con la recesión cíclica, la época de las bandadas socialdemócratas. Todo había sido un error. A Sartre sucedió Solé Tura; a Marcuse, Boyer; a Lacan, Pradera; a Gorz, Paramio. Hicieron ejercicios espirituales antileninistas, dijeron que el PSOE era el menor de los males, y por último la protesta que entonces encabezaban los niños de la burguesía ilustrada, la encabezan hoy los niños fascistas. Al que decía que el cambio del mundo y de España era

más necesario que nunca, contestaban: modernidad, privacidad, desnacionalización, keynesianismo, OTAN. (...)

¿Quién habló alguna vez de que los obreros, los estudiantes, los humillados, los perseguidos, eran la fuerza transformadora? No quisieron comprender que la historia es una puerta giratoria y vuelve la serpiente de Brecht, los gángsteres de Chicago, la economía pre-industrial, los economistas que de contables se transforman en hombres de Estado, el quietismo, y los capitalistas de levita. (...)



«El Independiente»